

EL ESTADO LAICAL

El Encuentro entre Francisco Pizarro con los servidores del Inca Atahualpa. Una fe y otra frente a frente. Unas personas guiadas por Atahualpa y otras por Dios y sus cristianos más o menos fieles.

Sucedió el 14 de noviembre de 1532 en el valle de Cajamarca. Hace seis días que la tropilla española había salido de la costa.

"Les recibió muy amoroso como pueda hacerlo un padre con sus hijos lo cual según el cronista Ramírez, no le costaba hacerlo". Pizarro -según Ramírez, el cronista- siempre entendió que les hacía un gran bien sometiéndolos al Emperador y apartándolos de sus perversas costumbres.

"Y también como hace un padre que se admira de las hazañas de sus hijos se admiró de cuanto le contaron los orejones -autoridades- y a todo se hizo nuevas. Fingió alegrarse mucho al saber que Atahualpa y sus generales quiteños habían vencido a Huáscar y a los cuzqueños", (Joselúis Olaizola).

No dejó de hablarles de la grandeza del Rey de España que es todavía más grande que Atahualpa. Y sin más preámbulos les dice "que si querían guerra tendrían guerra pero si querían paz, la tendrían y además con mucha amistad".

Se ve que don Francisco tiene claro que el mundo es de quien lo conquista, y la autoridad de quien tiene la razón de su parte. Este hombre está convencido que hay una religión y un Reino que se apoya en la ley de Dios y por eso se decide a decir rotundamente lo suyo puesto que ellos tampoco están suspensos.

La paz, sea como verdad, sea como añagaza, la proponen como un bien. Pero se vislumbra que la paz no la tienen como un fin en sí mismo. Es

preciso poner las cosas en su sitio, de lo contrario es la paz del cementerio, o la que pretenden todos los malvados: que les dejen hacer sus faenas.

“Los orejones dijeron que si ellos estaban allá era en embajada de paz y que Atahualpa les estaba esperando en Cajamarca para ser su amigo. Por último descargaron los presentes que traían en las llamas y que consistían en unos pequeños castillos, trabajados en piedra que Pizarro agradeció aunque no sabía para qué pudieran servir”. Después al pasarlo de mano en mano, algunos descubrieron que eran como un planos del gran imperio incaico, lo cual les impresionó tanto que se amedrentaron no pocos.

¿Quién puede negar a las conciencias actuar? ¿Atahualpa había actuado como Dios le dio a entender? Pizarro sabe quien es Dios y quienes son los hombres. Dios es uno y de todos y los hombres todo son hijos suyos. Es una visión universalista. No es un escéptico moderno para el que un crimen no es un crimen sino una forma moral de actuar; una religión no es una verdad sino una especie de manía; y -por último- para un moderno un estado lo es todo siempre que sea guiado por un escéptico, sustituto moderno del ignorante antiguo.

Los cristianos han de entender que la conciencia humana tiene sus reglas: o se mantiene en la duda perpetua y desesperada, o se hace cargo de algunas cosas del mejor modo posible. A los musulmanes -si en su conciencia está lo que está- no es posible pedirles que actúen contra ella. Si la ley islámica les manda esto y lo otro y ellos lo creen, y si esos principios no son concordantes la civilización cristiana, nadie puede pedirles que dejen de cumplir su ley. ¿Y? Cada uno en su sitio. ¿Alguien puede pedirle a un católico que no crea que algo es crimen? Se dice que sí, que han de tolerar. ¿Y que hace el católico si cree que debe defender? ¿Está el agnóstico o amoral

dispuesto a tolerar que impongamos lo justo en el terreno público? Occidente está sumido en un abismo tenebroso.

Manuel Lago González, Lic. en Teología por la Universidad de Navarra, España.

Dirección: Parroquia de San Pablo. C. San Roque, n. 22. 35.205. Vigo, Pontevedra, España.